

Diarios

2008-2010

Iñaki Uriarte

Índice

2008	7
2009	45
2010	83

2008

PABLO ME REGALÓ *El cuaderno rojo*, una breve y graciosa autobiografía de Benjamin Constant. Compré también su *Diario íntimo*, recién traducido.

Un año después de haber comenzado el diario, Constant lo relee. «Me divierte pasablemente hacerlo», dice. Y añade: «Al comenzar me había prometido no hablar sino para mí, y sin embargo es tal la influencia del hábito de hablar para la galería, que por momentos lo he olvidado».

Yo estoy seguro de que ahora escribo menos páginas en estos archivos porque tengo galería. A los tres amigos habituados a leer lo que selecciono cada año se han sumado en estos días los lectores de *Clarín*.

Constant no permitió leer el diario a nadie y no se preocupó de que se conservara tras su muerte. Solo se publicó en 1952. Era lo habitual entonces, en la «época del secreto», como la llama Lejeune, un siglo que va desde los años 1780 hasta principios de los años 1860, cuando los Goncourt editaron su *Journal*. En aquel siglo se escribían muchos diarios íntimos, pero a nadie se le pasaba por la cabeza la idea de publicarlos o de que algún día fueran publicados. Lejeune dice que el diario de Constant es al diario moderno lo que las *Confesiones* de Rousseau a la autobiografía moderna. Su origen y modelo. Añade que el diario íntimo le sirvió a Constant para «examinarse en secreto», «construirse una memoria» y «afrontar el futuro». Lo de «examinarse en secreto» a mí ya no me vale. Tengo galería.

La aparición de mis páginas en *Clarín* me da un poco la sensación de misión cumplida. Aunque no sé de qué misión se trataba ni creía yo que me hubiera autoasignado ninguna misión cuyo incumplimiento pudiese acarrearle algún mal. Publicar algunas páginas de este diario en una revista es una contradicción espectacular del lema de Epicuro, «Esconde tu vida», que yo decía que me gustaba tanto.

DÍAS BUENOS EN los que apenas he hecho nada. Días de los que, si yo fuera a vivir quinientos años, obtendrían un notable. Pero, como no es el caso, entran prisas de no sé qué.

«¡Y ESTO SE paga con mis impuestos!» repite a menudo X. La gente ni se imagina la cantidad de cosas que se pagan con los impuestos de X. Habría que hacerle una estatua, o darle su nombre a un parque.

PILLADO AL VUELO en un bar. «Mi primer destino fue Huesca. Allí me abrí camino con una maleta repleta de centollos». Es un buen comienzo. El mío podría haber sido: «Mi primer destino fue Barcelona. Allí me abrí camino por medio de una monja». Como a Roland Barthes, me gusta encontrar y escribir comienzos, fragmentos.

DENNETT: «A mí también me admira y sobrecoge el universo. Es maravilloso, estoy tan feliz de estar aquí. Creo que es un gran lugar, pese a sus fallos. Adoro estar vivo».

Dawkins: «No siento ningún vacío. Creo que el mundo es un lugar encantador y amistoso y disfruto estando en él».

2009

YA LLEVO DIEZ años con este diario. Hay días en que pienso que podría dejarlo, pero creo que se ha convertido en una adicción. Según Lejeune, existen autores de diarios que el 1 de enero queman lo escrito el año anterior. Les entiendo. Yo tomo estas notas con la certeza de que luego eliminaré gran parte de ellas. A menudo se dice que nadie escribe para no ser leído. Esto es falso. Somos muchos los que a veces escribimos solo para ordenar nuestros pensamientos, guardar memoria de algo, calmar los nervios, o por mil otras razones que no tienen nada que ver con la ambición de ser leídos. Probablemente entre los diaristas neuróticos somos mayoría.

AMA Y ANGELINES hablaban sobre los inmigrantes. «Usted también es una inmigrante», dijo Angelines. «¿Yo?». A ama se le había olvidado. A mí también se me olvida. Los dos nacimos en Nueva York y llegamos aquí en un barco, en 1947, ella con veintiséis años y yo con meses. En realidad, yo soy más inmigrante, pues mantuve la nacionalidad estadounidense hasta pasados los treinta. Nunca he podido ser ni remotamente «antiamericano». Aquí mismo, a mi espalda, en un estante de la biblioteca, tengo el idolo de una pequeña Estatua de la Libertad.

Un día me nacionalicé español más que nada por el fastidio que suponía renovar la tarjeta de residencia. Siempre se me olvidaba hacerlo y la mayor parte del tiempo vivía como un «sin papeles». Recuerdo la inquietud y los malos ratos al cruzar la fron-

tera con Francia. Y recuerdo mi inconsciente osadía al actuar en política durante los años franquistas. Podrían haberme expulsado de España. Tal vez mi vida hubiera sido muy diferente. Aunque un «sin papeles» americano no es lo mismo que un «sin papeles» de otro lugar. ¿Fue debido a mi nacionalidad por lo que no me tocaron en comisaría? ¿Fue por eso por lo que acabaron absolviéndome en el juicio ante el Tribunal de Orden Público, al que acudió un representante de la embajada? Soy español, pero creo que sigo siendo también ciudadano de los Estados Unidos. Al menos nunca les comuniqué que me había hecho español. Supongo que ahora mismo podría renovar mi pasaporte y votar a Obama.

EL EFECTO OBAMA.

Jon, de siete años, cena en casa de su amama Tere: «Mi madre está enamorada de Obama», dice. Más tarde Tere lo encuentra mirándose al espejo del cuarto de baño, haciendo muecas y gritando: «¡Quiero ser el hombre más interesante del mundo! ¡Quiero ser negro!».

EL OTRO DÍA, mientras lavábamos el coche en un taller de las afueras de Benidorm, decidí publicar las primeras páginas de estos archivos. Hoy ya no estoy seguro. Tengo una docena de lectores que lo han pasado bien al leerlas, tengo la venia de dos críticos severos, tengo el ofrecimiento de una pequeña editorial medio anarquista de Logroño, que seguro será cuidadosa. La situación parece perfecta. Ahora, de vuelta en Bilbao, debería ponerme a repasar esas primeras páginas, pero siento una pereza enorme. Creo que les he tomado manía. Podría ser el motivo determinante para mandarlas de una vez a Logroño. Hay muchas razones para intentar publicar algo. Una de ellas es echarlo de casa.

2010

LEO PÁGINAS DE años anteriores y las borro. El diario va en contra de mi memoria, que tiende a olvidar los momentos malos. No me interesa que me los recuerde. Esto no es un acta notarial de mi vida. Ni un testimonio exhaustivo. Ya he dicho alguna vez que no pasa de un tráiler. Y si escribes contra algo o contra alguien, aunque sea para desahogarte, tiendes a acordarte solo de ello. No sé a quién le leí hace poco que de su vida pasada no recuerda más que su diario. Creo que empieza a sucederme algo parecido. Voy eliminando entradas, pero siento pena por ellas. A veces no son sino citas o exageraciones insensatas que no me atrevo a guardar en estos archivos, asuntos que solo me importan a mí, y que, por eso, quizás, darían cuenta mejor de mí.

ME ABURRO. No sé si confesar esto a los sesenta y tres años es muy digno. No me costaría arreglarlo y encontrar alguna cita en Cioran, Schopenhauer, Leopardi o cualquier otro sabio que hable de la enorme dignidad del aburrimiento. De cómo solo los espíritus grandes, más grandes que todo los que les rodea, son capaces de aburrirse. Pero me aburro. Infantilmente. Llevo una temporada con la impresión de que me aburro y de que tengo que hacer algo para pasármelo mejor. Como un niño. Solo me tranquiliza pensar que seguro que es pasajero. Bastarán un par de libros que me interesen de verdad en este momento, un viaje corto.

He optado por leer a Leopardi.

«El título de amable no se adquiere sino a costa de padecimientos», dice. Para ser considerado amable hay que escuchar y

callar bastante, lo que es muy aburrido, asegura. También explica que a los hombres lo que les gusta es hablar de sí mismos y de sus cosas «hasta tal punto que, una vez separados, unos se sienten contentísimos de sí mismos y otros aburridísimos de ellos». En una conversación, el placer de unos es el aburrimiento de los otros, dice. Pero yo le leo en silencio durante horas a él, tan listo y tan amargo, y no me aburro. Y luego apunto esto, para pasármelo bien hablando de mí mismo.

De todas formas, grabadora perpetua en mano, podría demostrarse científicamente que a lo largo de mi vida yo he escuchado más de lo que he hablado. Y aun así, no creo haberme ganado el título de amable. Tal vez el de «serio», o incluso el de «hosco».

A veces he pensado que este diario es un desquite. Hablaré y hablaré todo lo que me dé la gana. Y el que se aburra, que lo cierre. Ventajas de los libros. Pero me he dado cuenta de que también al diarista que lo escribe hay que extraerle las palabras con sacacorchos y que tampoco tiene mucho que decir.

«Era un conversador extraordinario», se lee a veces en alguna necrológica. Y yo siempre traduzco: «No callaba». Yo no me he encontrado con «un conversador extraordinario» en mi vida. Pero tal vez se deba a que un buen conversador de verdad no se hace notar. En el límite, el mejor conversador es aquel que no dice ni palabra y nos permite hablar a nosotros y de nosotros todo el tiempo. Un «buen conversador», como el de Leopardi y el de la necrológica, te deja hecho polvo, y a veces añade al despedirse: «Qué bien lo hemos pasado. Cómo me gusta hablar contigo».

No recuerdo que en la juventud o incluso en la primera madurez la gente me pareciera «pesada». Pero cada vez encuentro más pelmazos que no callan. Yo creo, y esto no sé si podría justificar científicamente, que el problema empieza hacia los cincuenta años. A partir de esa edad hay algunos que se ponen a hablar y hablar y otros que se ven obligados a permanecer en silencio cada día más.